



Zombie y cultura contemporánea

Karen Entrialgo
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Deseo compartir aquí el esbozo de una reflexión en torno a las maneras en que la fascinación actual por el zombie nos informa de nuestra condición de época. Se trata de un trabajo que he venido desarrollando en el marco de mi investigación con el *Instituto Violencia y Complejidad*.¹ En esta investigación le sigo la pista a una serie de observaciones provenientes de los campos del derecho, la estética, el psicoanálisis y la sociología de la vida cotidiana que parecen apuntar a lo que he denominado un proceso de "desinflamamiento del espacio simbólico". Esta expresión toma apoyo de la obra *Esferas* de Peter Sloterdijk, en la que nuestra situación ontológica no sólo se describe como un *habitar en el lenguaje* (Heidegger, Lacan), sino que, colocando el plano de la técnica en una relación simétrica respecto al lenguaje, esa *habitación* se presenta como una tecnológicamente diseñada y simbólicamente climatizada. Se trata, con Sloterdijk, de una relectura ontoantropotécnica del proceso de hominización que interroga la primacía otorgada al lenguaje en detrimento de la técnica. No obstante, ahí donde el pensamiento contemporáneo apenas comienza a cuestionar esa centralidad que había ocupado el lenguaje en las teorías sobre el devenir humano o la constitución de la subjetividad, un nuevo estado de la relación entre el lenguaje y la técnica se ha venido configurando. Por un lado, la muerte del signo; un diagnóstico que Jean Baudrillard anticipó y con el que coincido. Por otro lado, una nueva manera de proceder que

¹ Instituto de investigación adscrito al Departamento de Antropología y Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.



privilegia el cálculo del riesgo y la especulación en la toma de decisiones, y en la que la palabra se vuelve a-semántica. El efecto de estas mutaciones es lo que deseo condensar con la expresión "desinflamiento de lo simbólico" y colocar como marco de las nuevas manifestaciones de la violencia.

Al menos tres asuntos caracterizan estas nuevas manifestaciones de la violencia. En primer lugar, una expresión de la misma que ya no es la que hemos conocido como violencia contra el otro, sino la violencia de la desaparición del otro (el otro con "o" minúscula, es decir, del prójimo, ya que lo anterior aludiría, en términos psicoanalíticos, a la desaparición del gran Otro). En segundo lugar, la dimensión temporal en la que éstas tienen lugar; en donde la posibilidad del evento histórico, es decir, del efecto de corte necesario para que se produzca la significación, queda cancelada y solo aparece la experiencia sensorial del evento: un *glitch* donde todos los sentidos quedan puestos en el mismo plano anulándose la posibilidad de que se produzca una significación cuya potencia no quede inmediatamente neutralizada. Por último, puesto que el trauma no tiene relación con el tiempo a no ser que se haga un trabajo de significación en torno a él, el tercer aspecto lo constituye una cultura del trauma donde no se diferencia ya entre éste y lo traumático, y donde la catástrofe se actualiza y se percibe como permanente. En suma: desaparición del otro, poshistoria y cultura del trauma. En el marco de estas consideraciones, uno de los momentos de mi investigación consiste en identificar figuras que den cuenta de este proceso de desimbolización. La figura que a mi modo de ver mejor condensa esta mutación es también una metáfora de la mutación: el zombie.

El análisis del creciente interés que la figura del zombie ha tomado en el cine, las series de televisión y los video-juegos permite profundizar en el tema de la violencia de la desaparición del



otro en relación con la cultura del trauma y la poshistoria. Por un lado, las epidemias o invasiones de zombies constituyen una imagen de la catástrofe y del fin de los tiempos. Por otro lado, las descripciones del comportamiento zombie que en estas producciones mediáticas se manejan constituyen alusiones a diversas figuras contemporáneas, tanto del individuo como de la violencia.

En tanto muerto-viviente, el zombie puede ser el musulmán del campo de concentración nazi que Agamben destaca como paradigma de la vida nuda en el estado de excepción, pero es también el sobreviviente. Puesto que se le puede matar sin que ello sea considerado un crimen, es el paria, el mendigo, el adicto a drogas de la calle o el que juega dentro de los códigos del narcotráfico; es la tanatopolítica, pues, pero es también la biopolítica representada en el paciente de alzhéimer o párkinson que la prolongación de la longevidad por las biotecnologías contemporáneas hace cada vez más presente en nuestras vidas. Cuando no, es la persona medicada por la psicofarmacología o el cuerpo conectado a una máquina respiratoria. Su incapacidad para pensar, tejer estrategias y organizarse políticamente lo vuelven una metáfora de los procesos de despolitización; esto sin hablar ya de la muerte del pensar a la que Jean Baudrillard le ha dedicado tanta tinta. Pues, efectivamente, el zombie no piensa; sólo responde físicamente a ciertos estímulos de su entorno –por ejemplo, a los ruidos–, lo cual equivale a decir que no responde a ningún llamado –entiéndase, ninguna ética levinasiana–, más bien se hace excitar por el medio. Ignorando a su prójimo –en este caso otro zombie– y en una suerte de autismo, se mueven en masa hacia el estímulo. He ahí una imagen del centro comercial, del festival, de la exposición de arte contemporáneo; todos éstos, espacios donde, a menudo, el triunfo de la estética desemboca en anestesia. La incapacidad cada vez más evidente en las nuevas generaciones para expresarse verbalmente en oraciones completas, el incremento en diagnósticos de problemas del desarrollo



del lenguaje y la preferencia que estas generaciones muestran por la escritura codificada, pero también corto-circuitada de los mensajes de texto; todo esto llevado hasta sus últimas consecuencias no resulta difícil leerlo tanto en el *glitch*, que caracteriza al zombie, como en el hecho de que no hablan, sino que sólo producen sonidos guturales, es decir, en él la palabra no tiene lugar.

En el mundo contaminado de zombies sólo se vive y se gestiona el presente de la sobrevivencia. No hay futuro y la referencia al pasado es inútil, pues éste ha quedado destruido. En tanto parásito que se alimenta de lo viviente, el zombie es una metáfora de la bioeconomía en el capitalismo rentista. Muy lejos ya de la metáfora del ciborg –con la que en los años noventa se hacía la apología de las nuevas tecnologías y se apostaba a un híbrido emancipado de todo mito de origen, destructor de toda frontera y de toda obsesión maniquea–, el zombie es la actualización aterradora de nuestras fantasías posmodernas. En él la coexistencia feliz de los antagonismos se ha realizado hasta sus últimas consecuencias, es decir, hasta volver indistintas la vida y la muerte. Si el cyborg era el hijo ilegítimo del militarismo, en tanto resultado de los desarrollos en el campo de la informática financiados durante la guerra fría, el zombie es el hijo de las biotecnologías contemporáneas. A menudo representado como el producto de un virus del cual se desconoce su procedencia, pero del cual se sospecha que proviene de algún laboratorio en búsqueda de la inmortalidad, el zombie es, a la vez, víctima y victimario; en él se cancela todo sentido de responsabilidad. Puesto que el zombie ignora a los enfermos, la solución de inocularse alguna enfermedad para poder estar en su proximidad sin hacerse atacar y contagiar nos conecta con los análisis desde el paradigma inmunitario, pero no se trata ya de esa interpretación simplificadora que concibe a los anticuerpos como una patrulla policíaca que pone en marcha una política



fronteriza dura, sino que, con el giro posestructuralista en biología, habría que concebirlos más bien como una compañía de teatro que parodia a los invasores y se presenta como su travesti. El zombie es una figura de la cultura del desecho cuando ésta coincide con la acumulación excremental que lo integra todo, es decir, que no quiere sacrificar nada y que, sin parte maldita, no le ve propósito a la dilapidación. Sin sacrificio no hay intercambio simbólico y todo se conserva, pero en estado de putrefacción. De modo que más allá de ser una figura de la inquietante extrañeza, en tanto doble del humano sobre el cual éste proyecta su agresividad; mas allá también de constituir una figura del monstruo que encarna la muerte y la decrepitud en una época que pretende descartarlas del horizonte de la vida, el interés actual que el zombie suscita podría leerse como una expresión de los miedos contemporáneos en el contexto de un proceso de desinflamiento de lo simbólico.